Julia Serrano

BITÁCORA DEL AMOR SIN FORMAS

Bitácora del Amor sin Formas
Primera edición, diciembre 2020. Colombia.
Julia Serrano

Diseño y diagramación: Daniel Manzini
Diseño de carátula y contracarátula: Daniel Manzini
Finalización: María Gaviria

Gracias por comprar una versión autorizada de este libro. Si quiere préstela, regálela, o mejor, recomiéndela a todos los que crea que la puedan disfrutar.

Dedicatoria

Recomiendan por ahí que escribas como si le hablaras a alguien específico, ojalá tu mejor amigo para incentivar la honestidad. Yo intenté hacerlo, pero no pude elegir una sola persona. Le hablé a varias y a todas ellas voy a dedicarles este libro, para hacer realidad un diálogo que ocurrió en mi imaginación y se convirtió en las páginas a continuación.

***Para mi generación** porque siempre pensé en ella, en nuestro momento específico de espacio/tiempo, con las pruebas que trae y las reflexiones que necesita.*

***Para mis amigas**, que ya saben todo lo que dice aquí y sin embargo sé que van a leerme como si fuera la primera vez.*

***Para mi familia de origen**, la cual hasta hoy solo ha conocido una pequeña parte de lo que soy.*

***Para Carlos**, él ya sabe por qué y ustedes ya lo verán también.*

***Y para mí**. Para que no se me olvide lo que un día fui.*

ÍNDICE

Intro
El amor es el amor
Divorciarse también es amar
Relaciones como flores
Hombres como ramas
Clímax y desenlace
Amar en primera persona
Fin del experimento/viaje/obra de arte

INTRO

a vida es un experimento/viaje/obra de arte

Y esto es una bitácora. El término nace para referirse a un lugar del barco donde los exploradores de antaño guardaban los escritos que describían sus aventuras de viaje y sus descubrimientos; de ahí surge la bitácora de viaje. Más tarde, los científicos empiezan a usar la misma palabra para llamar al cuaderno donde anotan los procesos de sus experimentos. Finalmente, los artistas también adoptan la bitácora para registrar el proceso de creación de sus obras.

La vida es un experimento porque cada camino que tomamos parte de una idea que tenemos dentro, y de manera consciente o inconsciente la llevamos a la práctica. Y así vamos aprendiendo: a punta de prueba y error.

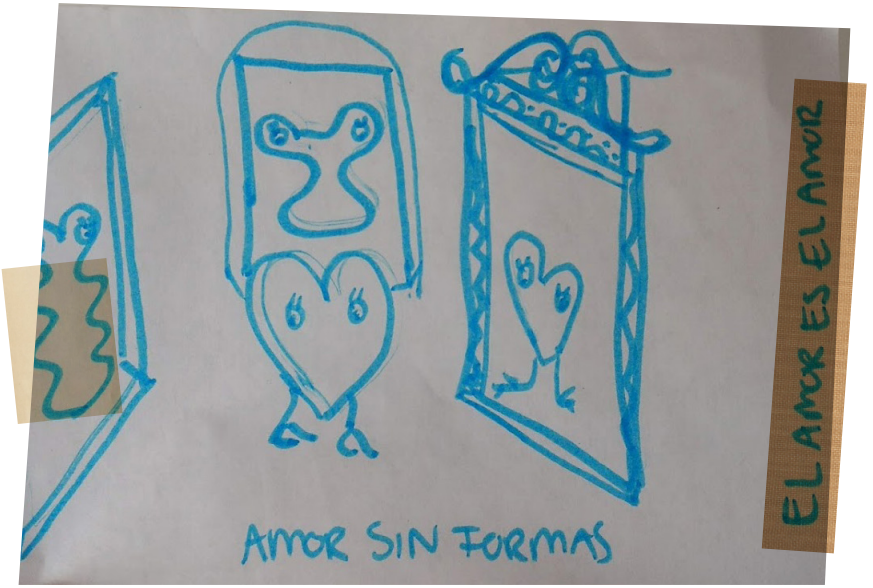
La vida es un viaje hacia la muerte lleno de aventuras y desafíos que enriquecen el paseo, nos llenan de experiencia y de historias para contar. Cada destino nos sorprende, mientras va revelando los paisajes de nuestro interior.

La vida es una obra de arte, un proyecto creativo que se manifiesta de acuerdo con la naturaleza y la necesidad de expresión de cada ser. Los colores y formas que elegimos van develando el misterio de nuestra autenticidad.

Esta es la bitácora del amor sin formas, un registro personal que busca cuestionar lo que se ve para descubrir aquello que queda cuando la forma se transforma, cuando el molde desaparece. Aquí se unen sin ningún orden particular la teoría y la práctica, las aventuras, las creaciones propias. Muchas preguntas y algunas respuestas que nacen de cada pequeño o grande experimento/viaje/obra de arte. He aquí el resultado de la única pasión clara que he podido identificar en 37 años: vivir.

Amor sin formas

La idea inicial de este libro surgió cuando estaba pensando en escribir sobre mi divorcio y me di cuenta de que quería hablar sobre las relaciones en general. Para explicar algo que estaba cambiando en mi manera de vivir las relaciones fue surgiendo el concepto "amor sin formas". La primera vez que lo escribí fue al comentar una foto en el Instagram de mi exesposo en la que aparecíamos felices él, nuestros dos hijos, su novia y yo en un ascensor. Él puso un corazón y yo comenté "amor sin formas". Después de eso, se ha ido instalando tanto en mi vida que se convirtió en el hilo conductor y título de esta bitácora, aunque la idea que encierra venga de antes, sin antes haberla definido con las mismas palabras.



A lo largo de mi vida se repite el impulso de cuestionar las formas conocidas para buscar otras, nuevas o propias, o simplemente no convencionales. Eso explica el "sin formas". La parte del amor en esta búsqueda es más reciente y pudo surgir después de varios años de aprender que la mente no es la reina de la casa y que la razón no siempre tiene la razón. Al descubrir que puedo percibir y comprender con otra cosa que no es la mente racional, logro identificar que esa esencia que hay detrás de todo,

no es más que energía, una energía que se siente en el corazón, en el cuerpo, no en la cabeza, y a la cual yo llamo amor. Pero de esto hablaré más en el capítulo del amor.

Autobiografía de una desconocida

Siempre he querido escribir ficción. Me encantan las novelas de ficción, historias creadas por sus autores con personajes y sucesos interesantes que transforman a sus protagonistas. O las novelas históricas donde el trabajo de investigación y los hechos específicos de un momento determinado se entrelazan con las fantasías del escritor. La realidad sirviendo de excusa para el cuento, o viceversa. También me gustan las biografías, las de artistas son mis preferidas. Es infinita mi curiosidad por la vida privada del artista. Quiero saber de dónde vienen sus ideas, su inspiración, su necesidad de expresarse. Poco he leído la autobiografía de un completo desconocido, tan desconocido como yo, y sinceramente me encanta descubrir mi propia humanidad en una historia anónima. Aun así, entiendo a quién quiera abandonar esta lectura ahora mismo, (pero te digo que se pone buena).

He creído desde hace años que la ficción es más autobiográfica que la realidad. Es un pensamiento romántico que me encanta tener, el que la historia inventada me revela más de su autor que su propia biografía, más aún si es contada por él mismo. Yo he querido ser esa autora que toma los elementos de su propia vida para crear mundos y personajes maravillosos que expresan su universo interior a través de una obra de arte. Pero no he tenido el impulso suficiente para llevar a cabo mis ideas y cuando intento desarrollar alguna me veo tratando de ser yo sin parecerlo, ocultando que los personajes son demasiado cercanos a mí, o a mi papá, o a mi mamá, o me invento unos que no tienen nada que ver con nadie y carecen de profundidad. Entonces pierdo la motivación. Por ahora, mejor escribo sobre mi vida real de frente, pues lo que más he hecho hasta ahora es hablar de ella, de cómo hacer para vivirla mejor. Es posible que más adelante, cuando me haya superado un poco a mí misma, pueda dedicarme a la ficción.

Un libro abierto

Cuando era joven (aún más joven), me decía que yo era un libro abierto, que podía y quería vivir de esa manera, sin esconder nada. Creo que me enseñaron que aquello que debía ser hecho a escondidas no era bueno para mí, y tal vez se me clavó muy profundo esta enseñanza porque aún hoy conservo el instinto de revelarlo todo. Casi todo, con casi todo el mundo, (está bien, a veces; depende de la persona). Al menos sé que hasta mis 16 años nunca le dije mentiras a mis papás. Una vez lo intenté para salir con un chico a un bar al que no me dejaban ir y terminé confesando por iniciativa propia. Más adelante fueron cambiando las cosas porque, como cualquier adolescente promedio, preferí omitir detalles que podrían resultar demasiado pesados para mi familia. Y cuando se enteraban de algo, en lugar de negarlo, lo aceptaba con orgullo explicando mis motivos. Como cuando mis papás descubrieron que fumaba marihuana y yo les dije que lo hacía porque quería, que me hacía bien, que no iba a dejarlo y que todo el mundo debería hacerlo. Irónicamente, después de eso se me fueron quitando las ganas de seguir fumando.

Siempre tuve un "motivo trascendental" para justificar mis comportamientos. Así fuera consumir drogas o venderlas (ya no), dejar tirado un trabajo para aceptar otro completamente diferente (todavía), cambiar de carrera (tema superado, pero aún no renuncio al sueño de estudiar antropología), ser amante de alguien (ya no), soltar todo e irme sin saber a dónde (for ever). Mi mente tenía la habilidad de argumentar cualquier acción aparentemente impulsiva y descontrolada para hacerme sentir que tenía todo bajo control. Y de cierta forma ha sido así. Hoy le llamo mi descontrol controlado porque finalmente mis excesos no trajeron consecuencias irreparables, mis decisiones profesionales no me han pesado hasta hoy y las sentimentales me han traído muchos aprendizajes necesarios. Puedo decir que a pesar de (o gracias a) mis acciones, no he sufrido gravemente a nivel físico ni emocional, y hasta hoy no me he arrepentido fuertemente de nada.

Pero creo que ya no soy tan así. He intentado cambiar, aunque sé que todavía queda algo (¿o bastante?) de esa Julia controladora que intenta huir del arquetipo de Atenea que la habita. Ese que cree saber perfectamente lo que tiene que hacer, cómo, dónde, cuándo, para qué, por qué y con quién. Sospecho que es imposible soltarlo completamente. No es que lo juzgue o me parezca malo, (he llegado a aceptarlo y amarlo), simplemente he querido experimentar otra manera de estar y actuar en la vida. Menos controlada, menos soberbia, menos mental. Más que a las acciones locas de la adolescencia, post adolescencia, segunda y tercera adolescencias (las he tenido), las cuales van cambiando con los años y el nivel de madurez, me refiero al lugar de donde vienen mis acciones. Es que detrás de esa locura siempre hubo una persona profundamente controladora. Quizás quería inconscientemente perder el control y buscar experiencias que me hicieran creer que estaba viviendo intensamente, con emociones fuertes e historias para contar. Hablando de historias para contar y retomando lo de ser un libro abierto, pues hoy mi intento es hacerlo literal. Ha existido siempre en mí una necesidad de mostrarme toda, contando todo lo que me pasa. Mis

amigas los saben y lo comparten, y aún con seres extraños tengo la tendencia de hablar mucho sobre lo que he vivido, con anécdotas, sentimientos y reflexiones. De ahí han surgido relaciones profundas algunas veces, y a menudo me arrepiento de haber hablado tanto.

Me fascina lo que ocurre cuando se dicen las cosas, cuando se cuenta la verdad personal. Si se trata de emociones, siento que estas se liberan y pierden su fuerza. Como cuando uno se reúne con las amigas a hablar. He tenido la fortuna de contar siempre con personas cercanas con quien compartir la vida, amigas que también disfrutan hablando de ella, analizando y analizándose, buscando porqués y cómos, dándole vueltas a la existencia. Gracias a ellas he ahorrado millones en terapia.

Cuando las cosas se expresan se abre un camino. El peso que había se aligera y da espacio para lo que sigue, para algo nuevo. Se permite la transformación. En las experiencias que he tenido con el tantra he podido reafirmar y ahondar un poco más en esto de decir las cosas, decir la verdad. La primera vez que asistí a un curso de tantra fue amor a primera vista por ese motivo. Tres días de ejercicios que consistían en mirarse a los ojos con completos desconocidos para decirse la verdad, la propia verdad en ese momento. "Estoy así porque…", "Contigo me siento…", "Me das miedo porque…", "Me gustaría… contigo". O sentarme frente a treinta personas y decirles cómo me siento respecto a algo en particular. Me parece magia y transformación pura lo que sucede dentro y fuera de uno cuando se dicen las cosas, cuando se expresa la verdad interior.

Tan encantada estoy con ese experimento que me lanzo a escribir mi historia. Más que mi historia, me lanzo a escribirme a mí misma, a convertirme ahora sí en un libro abierto. Puede que sean mis ganas constantes e incontrolables de transformación las que me motivan a hacerlo, también puede ser mi espíritu exhibicionista o un total egocentrismo. Es que quiero ser testigo de esta magia a mayor escala, con mi propia vida. Contar mi historia, que se libere, que pierda su peso y se abra espacio para algo nuevo. Le puse un tema, un título y la dividí en los capítulos más importantes de mi vida para que tenga

sentido, pero esto no es más que la bitácora abierta de lo que ha sido mi viaje hasta hoy. Un recuento dudoso acompañado de reflexiones y aprendizajes que definen mi presente y el camino que he elegido caminar.

EL AMOR ES EL AMOR

Soy parte de la generación Disney. Esa criada por historias de amor en que los valientes caballeros rescatan a hermosas princesas perdidas e indefensas. Crecí pensando que el amor verdadero era aquel en el que el uno es capaz de hacer cualquier cosa por estar con el otro, incluso morir. Un amor tal que mi vida no tiene sentido si no estoy contigo. A menudo me encontraba sola en mi cuarto fantaseando con la llegada de un príncipe en su caballo blanco para llevarme con él, porque había soñado conmigo en tierras lejanas mirando las mismas estrellas que yo. Realmente lo quería con todo mi ser y me dolía imaginar que no fuese posible.

En este momento se me sale una sonrisa al pensarlo, además acabo de poner Franco de Vita para avivar los recuerdos olvidados en cuanto escribo. Sus canciones fueron la banda sonora de mi vida como entre los 8 y los 14 años, y un amigo de mi hermano fue el escogido por mi anhelante corazón para acompañar mis sueños románticos. Él me mandaba cartas con chocolates y un día nos recostamos en el piso de la sala de mi casa a oír el casete de Franco. No sé si es verdad o me inventé que me dedicó Te Amo y desde entonces ese fue mi himno, aquel que cuando sonaba por radio en la calle, en un taxi o una tienda, se me paraba el corazón. En algún momento nos hicimos novios, como a los 10 años,

durante unas vacaciones familiares en las que nos encontramos en Girardot. Fuimos a cine, nos tomamos de la mano, me lo preguntó y yo le dije que sí. Acabamos de ver la película siendo novios y dos horas después le terminé en la cancha de voleibol porque no aguanté los nervios. Esto me pasó varias veces en mi adolescencia (y adultez), pero esa es otra historia. Aunque él nunca volvió a ponerme atención, yo lo amé hasta los 16 años. Decidí convertirlo en el amor imposible que necesitaba para atravesar la adolescencia sufriendo por amor, como en las películas.

Este recuerdo de infancia/adolescencia me llegó de repente, una mañana en que me senté a escribir en el cuaderno destinado a los apuntes y reflexiones del presente libro. Cuando era chiquita, el pensamiento predominante de mi vida era la búsqueda o la espera del amor romántico. Pero juro que se me había olvidado, (¿o lo había negado?). Me parece que lenta e inconscientemente me fui convenciendo de que realmente no era tan necesario, y aunque hoy me siento completamente tranquila en ese aspecto, sin necesidad de tener una relación de pareja y muy satisfecha con mi estatus de divorcé (es chic ser divorciada), hoy también me veo escribiendo un libro sobre el amor. Solo que es otro tipo de amor.